

tino ha expresado insistentemente en sus ensayos, pero que en *Abaddón* encontramos vinculada al destino mismo del autor-protagonista, el propio Sábato. Allí se manifiesta en los siguientes términos: «¿Pero si esos monstruos invisibles, una vez invocados, se lanzaban sobre nosotros sin que pudiéramos dominarlos? O nuestro conjuro no es el exacto y resulta incapaz de abrir las puertas de los infiernos; o es exacto y entonces corremos el riesgo de la locura o de la muerte [290] (14). Por eso, para Sábato, el gran artista es «un mártir»: «Pero sólo los grandes poetas nos han revelado la verdad, dijeron lo que han visto. (...) Blake, Milton, Dante, Rimbaud, Lautréamont, Sade, Strindberg. Dostoievski, Hölderlin, Kafka. ¿Quién es el arrogante que puede poner en duda el testimonio de estos mártires?» [162]. «Son los que sueñan por los demás. Están condenados, entendé bien, CONDENADOS: —casi gritó— a revelar los infiernos» (*Ibid.*). De acuerdo con esta concepción sabatiana, el gran creador de ficciones, como el poeta visionario, asume el sacrificio de una misión demoníaca, se enfrenta con los demonios de su época y de esta forma manifiesta estratos de la realidad totalmente ignorados por el hombre ordinario.

Las potencias nocturnas, demoníacas, encarnadas en diversos personajes (ya he aludido a Schneider y Schnitzler) funcionan en *Abaddón* como elementos inhibitorios, otras veces instigadores, para que el novelista, personaje en su novela, lleve a cabo su destino artístico. En relación con este destino, el personaje más importante es el llamado simplemente R. (15). La conexión de este incógnito personaje con las fuerzas demoníacas se halla implícita en la descripción que de él hace Sábato: «sugería un gran ave de rapiña, un gran halcón nocturno (y, en efecto, nunca lo vería sino en la soledad y las tinieblas). (...) A pesar de estar sentado, calculé que debía de ser bastante alto y levemente encorvado. Vestía con ropa gastada, pero a través de lo raído se veía su aristocracia» [298]. Además, reconoce Sábato en este personaje «una especie de dignidad, aunque fuese una dignidad diabólica» [301]. Volvemos a reconocer facetas demonológicas en la presentación de R., quien, como Schneider, se caracteriza por el atributo de la ligera joroba, y además, tiene el aspecto tenebroso de un ave de rapiña (16). Su porte aristocrático, su dignidad de caballero, tiene además anteceden-

---

(14) Recordemos cómo Harry Haller, en *El lobo estepario*, tropieza a la entrada del «Teatro Mágico» con el siguiente letrero: «Sólo para locos. / Precio de entrada: su cordura. / Herminia está en el infierno» [traduzco libremente de la edición inglesa: Hermann Hesse. *Steppenwolf* [New York: Holt, Rinehart & Winston, 1963], p. 164].

(15) Observa Nivia Montenegro: «When Sábato examines the concept of the novel or the process by which it comes into being, R. is likely to appear.» Y añade: «Whenever Sábato yields to R. it will represent the moment of creation» («Structural and Thematic Elements in *Abaddón, el exterminador*», en *Latin American Literary Review*, vol. 12, p. 44).

(16) Véase Rudwin, p. 41.

tes demonológicos (17), y seguramente aquí puede hallarse una resonancia, más o menos directa, de Dostoievski, quien representa al «diablo» que dialoga con Ivan Karamasov como un «gentleman ruso de cierta clase», si bien pobre, según indica su indumentaria (18).

Pero, pueden encontrarse aún más evidencias proporcionadas por la demonología tradicional para explicar el papel demoníaco ejercido por el personaje R. en la tercera novela de Sábato. Así, por ejemplo, destaca Maximilian Rudwin la importancia de las creencias legendarias sobre la vocación literaria del diablo. En este sentido, refiere este investigador que el místico Jacob Boehme relata que, al ser preguntado Satanás por la causa de su caída en desgracia frente a Dios, había respondido el Malo: «Yo quería ser autor» (19). Señala también Rudwin la intensificación, en los escritores modernos, de la preocupación por los aspectos demoníacos de la naturaleza humana y, consecuentemente, la revivificación de la antigua concepción teológica (tanto católica como protestante) del arte como un producto diabólico. Rudwin cita las conocidas opiniones de Baudelaire y de Gide al respecto. Igualmente Sábato hace referencia en *Abaddón*, como en sus ensayos, a la afirmación de William Blake de que «los poetas están siempre del lado de los demonios» [289]. Acéptese o no esta afirmación literalmente, Sábato se propone explorarla en su mundo novelístico y la lleva en *Abaddón*, simbólicamente, hasta sus últimas consecuencias.

Sábato hace al enigmático personaje R., responsable de su abandono de la ciencia (huída del día) y de su entrega a la novela (las potencias nocturnales): «*fue él —escribe— quien me forzó a abandonar la ciencia*», y «*fue también él el que me forzó a escribir ficciones*» [308-309]. (Cursivas de Sábato.) Pero al propio tiempo deja Sábato traslucir su identificación con el simbólico personaje, al insinuar que éste constituye una especie de doble suyo: «*Me pareció alguien vagamente conocido: era de mi misma edad (somos gemelos astrales, me comentaría después...)*» [298]. Todo hace pensar que el novelista, angustiado ante el abismo de su propio yo creador, lo objetiva como un personaje, como una influencia exterior, como un diablo o destino que trata de dominarlo («me forzó»). Pero en un plano existencial, el autor nos da a entender que está lidiando con su libertad, con una posibilidad de su existencia como escritor de ficciones. En este sentido, R. emerge como un símbolo de la natu-

---

[17] Rudwin, p. 50.

[18] «Los hermanos Karamasov», en *Obras completas*, tomo III, Madrid, Aguilar, 1961, página 491.

[19] Rudwin, p. 260. El relato de Boehme aparece citado también por Denis de Rougemont: *The Devil's Share*, New York, Pantheon Books, 1944, p. 131.